



MEJOR CASADOS

Link a YouTube https://www.youtube.com/watch?v=2WTKspt_SY8

Mejor casados, razones para el matrimonio.

A Don Demetrio Fernández, que es el obispo emérito de Córdoba, le escuché en una ocasión una expresión que me hizo pensar: *"La familia no es un molusco, es un vertebrado"*. Se refería ciertamente a que la familia está fundada y estructurada desde el matrimonio.

Hoy en día esto está puesto en cuestión.

Lo que se lleva es hablar de familias diversas, nuevas formas de familia, etc., todo para desvincular la familia y el matrimonio. Y cuando digo que el matrimonio, la familia, no es un molusco, sino que es un vertebrado, voy a intentar subrayar el por qué es el matrimonio el que vertebra la verdad de la familia.

¿Cuáles son los fundamentos de esa relación que existe entre matrimonio y familia y cuáles son los peligros para desvincularlos? Los fundamentos de la relación entre matrimonio y familia son fundamentos antropológicos. Hemos sido creados no para ser dos, sino una sola carne.

Hay fundamentos teológicos, porque el matrimonio es reflejo de la alianza de Dios.

Hay fundamentos sociales o sociológicos, por el compromiso público y estable que tiene el matrimonio.

Hay fundamentos morales, hay fundamentos espirituales.

Es decir, eso de que el matrimonio es el que vertebra la familia tiene una sustentación verdaderamente consistente.

Pero el caso es que hoy en día se habla mucho de que tenemos un problema muy grave con el divorcio, y es verdad, el problema del divorcio es tremendo. En España en torno al 52% de los matrimonios se divorcian. Y eso es tremendo. Más de la mitad, de los matrimonios se divorcian.

Pero de lo que no se habla es de que más del 50% no se casan, renuncian al matrimonio y tienen meramente una convivencia. Eso ha crecido exponencialmente.

No solo han disminuido muchísimo los matrimonios canónicos por la Iglesia, también los civiles. Entonces, yo quisiera hacer una apología del matrimonio y no solamente voy a hacer una apología del sacramento del matrimonio por la Iglesia, sino también una apología del matrimonio civil, porque obviamente cuando dos personas no son cristianas, pues lo lógico es que se casen por lo civil.

Y la Iglesia reconoce valor a un matrimonio civil que se ha contraído entre dos no cristianos. Reconoce ese matrimonio como indisoluble, puesto que no son bautizados y por lo tanto su matrimonio tiene que ser civil, ¿cómo va a ser canónico?. No puede ser de otra manera.

Quisiera dar razones para que tengamos conciencia de por qué el matrimonio es importante, tengamos capacidad de argumentarlo y de concienciarnos de su importancia.

Dentro del magisterio del Papa Francisco hay una *joyita* que pasó desapercibida en *Amoris Letitia*, que fueron dos puntos, el 131 y el 132. Y lo hizo de una manera muy pedagógica. Dice: *"Quiero decir a los jóvenes que, al hablar del amor y de la belleza del amor, nada de todo esto se ve perjudicado cuando el amor asume el cauce de una institución matrimonial"*. Todo lo que hemos hablado de la belleza del amor se mantiene, no se resta nada por el hecho de que se llegue a ese compromiso de institución matrimonial, porque hay muchos que dicen que el amor se acaba cuando te casas (imagen del amor romántico), es como si el matrimonio fuese el fin del amor. Como que no se compagina el amor con compromisos civiles.

Dice el Papa que *la unión encuentra en esa institución el modo de encauzar su estabilidad y su crecimiento real y concreto. Y es verdad que el amor es mucho más que un consentimiento externo o una especie de contrato matrimonial*.

No sé si os acordáis de una canción que había de Pablo Milanés, que decía: *"Yo no necesito unos papeles grises para amar. Yo no te pido que me bajes una estrella azul, solo te pido que mi espacio llenes con tu luz. Yo no te pido que me firmes 10 papeles grises para amar. Solo te pido que tú quieras las palomas que suelo mirar"*.

Era una imagen romántica del mayo del 68, que lo quería era cargarse el matrimonio.

Y continúa el Papa: *"Es verdad que el amor es mucho más que un consentimiento externo o que una especie de contrato matrimonial, pero también es cierto que la decisión de dar al matrimonio una configuración visible en la sociedad con unos determinados compromisos manifiesta su importancia de ese amor, muestra la seriedad de la identificación con el otro, indica una superación del individualismo adolescente"*.

El síndrome de Peter Pan precisamente consiste en eso en que alguien es un eterno adolescente que tiene pánico a comprometerse.

Y el matrimonio expresa una opción firme de pertenecerse el uno al otro. Es como decir: *"Esto es una cosa seria, esto va en serio. Esto no es una cosa privada, sino que tiene consecuencias públicas"*. Es la expresión de un firme deseo de entregarse.

Continúa el Papa: *Casarse es un modo de expresar que realmente se ha abandonado el nido materno para tejer otros lazos fuertes y asumir una nueva responsabilidad ante otra persona*.

Esto vale mucho más que una mera asociación espontánea para la gratificación mutua, que sería una privatización del amor.

El matrimonio como institución social da protección y cauce para el compromiso mutuo, para la maduración del amor, para que la opción por el otro crezca en solidez, concretización y profundidad y a su vez para que pueda cumplir su misión ante la sociedad. Por eso el matrimonio va más allá de toda moda pasajera y persiste. Su

esencia está arraigada en la naturaleza misma de la persona humana y de su carácter social. Implica una serie de obligaciones, pero que brotan del mismo amor, de un amor tan decidido y generoso que es capaz de arriesgar el futuro.

Y continúa el Papa Francisco: Optar por el matrimonio de esta manera expresa la decisión real y efectiva de convertir dos caminos en un único camino, pase lo que pase. Y a pesar de cualquier desafío, por la seriedad que tiene este compromiso público de amor, no puede ser una decisión apresurada, pero por esta misma razón tampoco se puede postergar indefinidamente.

Lo lógico es que un noviazgo tenga un comienzo y un fin; un noviazgo existe para un discernimiento que concluye en el matrimonio, pero un noviazgo no puede ser eterno porque entonces lo estás desfigurando.

Y claro, el hecho de que se conviva hace que las fronteras del matrimonio se queden totalmente desdibujadas. *El hecho de que se haya asumido la convivencia previa al matrimonio ha sido una de las razones por las cuales ya no se vea exactamente por qué hay que casarse, si se está más o menos conviviendo.*

Comprometerse con otro de un modo exclusivo y definitivo, siempre tiene una cuota de riesgo y de osada apuesta. El rechazo de asumir este compromiso es egoísta, interesado, mezquino, no acaba de reconocer los derechos del otro y no termina de presentarlo a la sociedad como digno de ser amado incondicionalmente.

Es eso de que yo te amo mucho, pero no quiero compromisos. Pues ámame un poco menos y vamos a comprometernos. Perdón por la broma.

Por otro lado, quienes están verdaderamente enamorados tienden a manifestarlo a los otros. El amor concretizado en un matrimonio contraído ante los demás es manifestación y resguardo de un sí que se da sin reservas y sin restricciones.

Este sí es decirle al otro que siempre podrá confiar, que no será abandonado cuando pierda atractivo, que lo va a perder, cuando haya dificultades o cuando se ofrezcan nuevas opciones de placer o de intereses egoístas.

Pues esa es la apología que hace el Papa Francisco sobre el matrimonio, diciendo: "Queridos jóvenes, casarse es tomarnos en serio".

Y he dicho que esto es de ley natural. El sacramento del matrimonio tiene algo que le diferencia del resto de los sacramentos. Porque el resto de los sacramentos, el de la confesión, de la eucaristía, del bautismo, todos ellos han sido creados plenamente por Jesús de Nazaret. Pero el matrimonio no ha sido creado por Jesús de Nazaret, sino que es una realidad natural que nace con la creación.

Entonces, Jesús lo que hace es bendecir la unión natural para que tenga la gracia de Cristo. Pero hay una distinción muy clara entre este sacramento y los demás. El matrimonio no nace de la iglesia ni de las leyes humanas. Es una realidad natural que es reconocida por las leyes humanas y es reconocida y bendecida en un sacramento, es una realidad natural eso de que el hombre es uno con una mujer para siempre.

Eso no se lo ha inventado la Iglesia, está escrito la naturaleza humana.

La prueba es que te vas por ahí y en todas las ciudades te encuentras por todas las esquinas, en los puentes de Europa, candaditos de los novios que cuando se prometen

allí ponen su candado, ponen sus siglas y la fecha en la que se han prometido y cogen la llave y la tiran al río.

Y ¿eso dónde ha nacido? ¿Se les ha ocurrido porque de pequeños fueron a la catequesis?. No.

Lo más probable es que la inmensa mayoría de los que han hecho ese gesto, que está Europa llena de candados por los puentes, eso ha nacido de que es algo que está inscrito en el corazón del hombre. Y no ha nacido de que un cura les dio una catequesis.

Hemos sido creados así para amarnos para siempre. Lo que ocurre es que, entonces, ¿por qué Jesucristo dio también la realidad del sacramento del matrimonio? Pues porque Jesucristo era consciente de que el zarpazo del pecado original y de nuestros pecados personales ha hecho difícil el amor.

Lo que era natural y espontáneo ha pasado a ser difícil y costoso porque ese pecado ha hecho que nosotros tendamos a confundir amar y utilizar, amar y poseer. A veces no es fácil amar porque el pecado ha tendido a distorsionar.

El amor no es espontáneo. Hay que educarse en el amar y necesitamos la gracia de Cristo para aprender amar. Por eso viene el sacramento, porque necesitamos que Jesús nos enseñe amar.

Respirar es espontáneo, aunque un médico igual diría alguna cosa, pero amar requiere una educación.

Voy a desarrollar los cuatro peligros de desvincular el matrimonio y la familia.

El primero, desnaturalizar el amor. Cuando una familia se concibe sin el matrimonio, el amor tiende a reducirse a un sentimiento mutable, sin una dimensión de compromiso ni de alianza. Hay una tendencia a ello. Si no estás casado, la tendencia es perder el sentido de fidelidad como un don de sí. Si el vínculo se vuelve frágil, pues está sujeto a la emoción de cada momento.

El amor deja de ser promesa para convertirse en emoción. Y de una promesa a una emoción, hay una diferencia tremenda.

Vivimos en las montañas rusas emocionales, lo que era compromiso de comunión se transforma en una convivencia efímera. Una pareja que decide vivir una relación sin compromisos mientras dure el amor, está concibiendo el amor como un estado emocional, no como una alianza. El otro se convierte, aunque sea inconscientemente, en un medio para mi realización personal, no como un don que implica acogerlo para siempre y vivir juntos para siempre. Y lo mismo pasa con la sexualidad.

La vivencia de la sexualidad también es muy distinta. Entendemos que la vivencia de la sexualidad en la unión matrimonial es la expresión corporal de la donación total. No es un gesto parcial, no, es un gesto de *me doy todo a ti*.

En el fondo la relación sexual es expresar con el cuerpo lo que se dice en el sacramento del matrimonio: *"soy todo tuyo, todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío"*. Eso corporalmente se expresa en la entrega sexual. Me doy plenamente a ti.

Se tiende a desnaturalizar con el riesgo de que se esté valorando la sexualidad como un campo de experimentación de sensaciones.

Hay una frase de Chesterton que es tremenda, que yo la suelo referir. Chesterton, que era muy combativo contra el romanticismo, decía: *"No solo es el amor el que custodia el matrimonio, sino que es el matrimonio el que custodia el amor"*. Es ésta una expresión muy crítica con el romanticismo. O sea, el matrimonio custodia el amor, no solo el amor el matrimonio, el matrimonio custodia el amor porque está custodiándolo para que no sea una emoción fluctuante, sea un compromiso, sea una promesa, sea una decisión plena de entrega. Eso es muy importante.

Recuerdo perfectamente que la víspera de mi ordenación sacerdotal, haciendo un rato de oración hablé con el Señor, tuve un diálogo con Él profundo y recuerdo que le dije: *"Mira, Señor, hasta ahora he sido un seminarista que he estado en discernimiento sobre si Tú me estabas llamando. Y creo que sí, que Tú me llamas. Pero es que mañana cuando el obispo me vaya a poner las manos en la cabeza mi tiempo de discernimiento se habrá terminado. A partir de mañana yo ya tengo un sello. Tengo una llamada objetiva. Y ya no voy a empezar a cuestionar cuál es mi vocación porque la he recibido objetivamente. Es el tiempo de entregarme"*.

Y Dios me ha dado esa gracia.

Y no es momento ahora de decir: *"Estoy en crisis, ¿habré hecho bien siendo cura?"*.

Esa alianza, esa promesa es importantísima, porque luego vienen dificultades.

Sabemos todos lo que le pasó a Hernán Cortés. Cuando llega allí y ve que tiene por delante una situación en la que debe pensar cómo conquistar todo aquello siendo una inferioridad numérica tremenda, entonces coge y dice, "A ver, un momentito, a ver, quemad las naves". Y allí todo el mundo asustado con él, "pero ¿que está usted diciendo?", "A ver, quemad las naves". Y en el momento en que las naves las han quemado sigue diciendo: "Venga, ahora vamos para adelante sí o sí, porque si yo voy a tener que avanzar en medio de todas estas batallas, sabiendo que tengo los barcos preparados para largarme, así lo más probable es que yo no dé la batalla. Lo más probable es que como tenga el barco ahí en la playa atracado, cuando vengan mal dadas me voy a largar".

Luego la expresión *quemar las naves* que ha pasado a nuestro lenguaje español quiere decir que hay caminos sin retorno y vamos a por ellos. Y para mí ese camino sin retorno fue mi ordenación sacerdotal.

Y el hecho de que haya un sacramento, o un compromiso civil para los que no son creyentes, es básico. Es una promesa, es una alianza.

Por lo tanto, frase de Chesterton, no solo es el amor el que custodia el matrimonio, es el matrimonio el que custodia el amor.

El segundo peligro, perder el sentido del compromiso. El matrimonio enseña que el verdadero amor implica promesa, fidelidad, renuncia.

Si tú desvinculas la familia del matrimonio y si la familia es un molusco, se tiende a perder el sentido de la expresión *para siempre*. Se instala una cultura de *mientras dure*, que es incompatible con el amor maduro.

El resultado es una sociedad emocionalmente inmadura, sin raíces. Y esto pasa a ser un problema cultural. Porque cuando las nuevas generaciones crecen viendo que el compromiso se considera una carga, esto se extiende a una mentalidad de lo provisional.

Y una sociedad que no valora el compromiso en el amor termina perdiendo también la lealtad en otros ámbitos: en el trabajo, en la amistad, en la vida pública, en todo.

¿O te crees tú que únicamente va a ser en el matrimonio? Si tú pierdes el sentido del compromiso del matrimonio, te pasará con las amistades igual, te pasará con el trabajo lo mismo, con la vida pública lo mismo. La fidelidad conyugal forma el corazón humano para todo tipo de fidelidad. Y allí donde el matrimonio deja de ser una promesa estable, se debilita la capacidad de sostener promesas en la sociedad.

Suelo decir que yo no me fiaría de un político en la vida pública que no es fiel a su mujer. ¿Que ese no es fiel a su mujer y me voy a fiar de que él me gobierne a mí?.

Alguno dirá: "*¿No mezcle usted vida privada y vida pública?*" Voy a mezclarlo. Una cosa es que alguien haya pecado y se haya arrepentido. El gobierno de una nación cuando ha sido infiel a su mujer, va a ser infiel a todos los riesgos que supone gestionar la vida pública. Yo no me fiaría.

El tercero es la inseguridad afectiva y educativa para los niños. Hay personas que suelen esperar a casarse cuando vienen los niños. Se convive, se convive y ahora cuando viene un niño nos casamos.

Un poco de conciencia sí que es, pero hacer las cosas solamente ante un niño indica falta de conciencia, porque las cosas tienes que hacerlas ante tu propia conciencia y ante Dios. Los hijos necesitan el testimonio de un amor estable para desarrollarse sanamente. Y cuando los padres no están unidos por un compromiso firme, los niños crecen con un grado de incertidumbre muy fuerte. Y esto genera heridas afectivas profundas y una visión distorsionada del amor que lo más fácil es que además se repita las siguientes generaciones, porque esto suele ser así, esa herida de la incertidumbre se tiende a transmitir.

En la diócesis de Orihuela-Alicante llevo adelante visitas pastorales a colegios. Visito un colegio cada semana, me encuentro con los padres, con el claustro de profesores, con los niños por etapas, un encuentro con los de Bachillerato, preguntas, otro con los de la ESO, etc. Luego hacemos una misa. Suele ser un colegio por semana y voy por el 35, pero son 60 y pico (tengo por delante todavía una buena tarea).

Y es un método buenísimo, y hay momentos en los que te emocionas, porque igual vas a hacer una visita, te reciben los niños con un canto, con una pancarta de bienvenida al obispo y tal y cual. Me acuerdo de un colegio que los niños cantan un canto, tenían una pancarta y al terminar el canto, un niño que sostenía la pancarta salió corriendo, me pegó un abrazo, y de repente las primeras palabras que me dice son: "*Obispo, mis padres se han separado*". Yo dije, "*Madre mía, pobre chaval*", vamos, me suelo acordar de él con frecuencia porque los que hemos vivido la experiencia de un suelo firme es que no somos conscientes de eso.

O sea, hemos tenido el regalo, algunos sin mérito alguno de nuestra parte, de tener un suelo firme. ¿Tú sabes lo que es que tú hayas tenido lo principal de tu vida seguro?, pero la sensación de que lo principal de tu vida no está seguro, eso es tremendo. Es

como un terremoto, me está temblando el suelo, no sé encima de qué estoy pisando. El drama del divorcio y el drama de las uniones inestables sin matrimonio llega a los niños, que son inocentes, y te das cuenta de que al niño se le está pidiendo una madurez que no tiene.

Recuerdo que, siendo párroco de Zumárraga, a veces te venía una familia que se separaba y te pedían que tú le explicases a los niños. Y hacía lo que podía, pero la inseguridad efectiva y educativa que se traduce a los niños es tremenda, porque además se les está fragmentando interiormente. A esto se suma una inseguridad educativa.

La autoridad de los padres pierde fuerza cuando el vínculo entre ellos quiebra. Las normas, los criterios, los límites se relativizan. Enseguida comenzamos con una especie de manipulaciones a ver quién compra el afecto de los niños.

Uno tiene que comprar el afecto de los niños para que esté contento conmigo, para que esté contento con el otro, ¡qué desastre! Es decir, que desvincular el matrimonio y la familia podría parecer que eso es ganar libertad, pero en el fondo es perder el punto de referencia esencial.

Lo que debería haber sido un espacio de confianza y estabilidad se convierte en un terreno incierto, en arenas movedizas.

Estoy repasando cuáles son los peligros de desvincular matrimonio y familia: desnaturalizar el amor, pérdida del sentido del compromiso, la gran herida que también supone la inseguridad afectiva y educativa de los niños.

En cuarto lugar, olvido de la dimensión trascendente. El matrimonio remite a Dios porque yo entiendo que en mi vida hay una vocación, no un proyecto mío.

Yo ¿invento mi proyecto o descubro mi proyecto?. Lo descubro, no lo invento.

Cada uno tenemos una vocación. Cuando hago la visita a los chavales en los colegios les suelo decir: *"A ver, ¿quién me dice qué diferencia hay entre descubrir e inventar?"* Y siempre hay un chaval espabilado que te lo dice.

No es lo mismo. Porque inventar es que tú sacas algo que no existía, pero descubrir tú estás sacando algo que ya existía.

Entonces les pregunto, a ver, ¿tu vocación la descubres o la inventas? Y, claro, ellos dicen: *"La descubro"*. Claro, porque Dios la tiene pensada para mí.

Entonces, mi vida consiste en descubrir la vocación, Dios tiene un designio y tengo que descubrirlo. Y esto, como os podéis imaginar, tiene mucho que ver con el matrimonio.

Dios tiene un designio, lo descubro, me entrego a él y lo llevo adelante: el sacramento del matrimonio, el designio de Dios. Por lo tanto, olvidarse del matrimonio es olvidarse de esa dimensión trascendente.

La unión de hecho o la mera convivencia sin compromiso tienden a hacer un proyecto cerrado en mí mismo. Pierden la referencia a la alianza divina. El amor se vuelve autorreferencial, incapaz de abrirse al designio de Dios en nuestra vida. Entonces, esto cambia mucho las cosas, las cambia radicalmente.

Nosotros añadimos a esto, en la dimensión trascendente, la palabra Jesucristo. Ahora ya hablo del cristianismo, ahora ya *barro para casa*.

Termino barriendo para casa y hablamos de Jesucristo.

Nuestra unión es en Cristo. ¿Os amáis unos a otros como Cristo amó a su iglesia?. Es decir, para nosotros el modelo del amor matrimonial es como Cristo se entregó a su iglesia.

De hecho, a un obispo, cuando le ponen este anillo, el anillo episcopal que se pone en la ceremonia de consagración episcopal, al obispo se le pide que se despose con la iglesia. Como Cristo se desposó con la iglesia, así te desposas tú. Cuando el Papa Francisco ordenó a uno de los obispos auxiliares de Roma, cuando le ponía el anillo y le decía esto, *recibe este anillo que es imagen de como Cristo se esposó con su Iglesia*, el Papa, que tenía esas cosas suyas, le dice: *"Recuerde usted que debajo de este anillo están las alianzas de sus padres"*.

Yo eso lo recuerdo mucho, debajo de este anillo están las alianzas de mis padres, que por cierto se llamaban Esteban y Josefa Ignacia.

Las alianzas hacen referencia a la alianza de Dios con Israel, a la alianza de Cristo con nosotros.

El sacramento del matrimonio está recurriendo a la alianza fiel de Jesucristo. Es nuestro modelo. Él nos enseña amar. O sea, Jesucristo ha venido para enseñarnos a amar. Jesucristo es, por una parte, la escuela humana del amor divino y la escuela divina del amor humano.

Es la escuela humana del amor divino porque es Dios hecho hombre que ahora como se ha hecho hombre te dice que Dios es amor, la escuela humana del amor divino.

Pero también es la escuela divina del amor humano. Es decir, que Él te da la gracia divina para que tú puedas amar con entrega y en fidelidad. Esa es la espiritualidad del corazón de Cristo, que es la escuela humana del amor divino y la escuela divina del amor humano. Necesitamos la gracia de Cristo para amar. Jesús nos enseña amar, a curar nuestras heridas.

La gracia quiere sanar nuestras heridas, quiere permitir la capacidad de abrazar la cruz, porque es imposible amar sin abrazar la cruz. No se puede amar sin abrazar la cruz.

La cruz es el lugar en el que la expresión de amor es más real, es más auténtica. Y, además, Jesús nos permite dar testimonio y ser un faro delante del mundo.

Porque cada uno de vosotros desde vuestro matrimonio, desde vuestra familia estáis llamados a dar un testimonio al mundo de vuestra alegría, de que el matrimonio y la familia nos hacen verdaderamente felices, sufriendo (yo suelo decir que soy feliz aunque sufro), porque te tomas la vida en serio y si te tomas la vida en serio, sufres.

¿Ser feliz y sufrir son dos cosas incompatibles?, en absoluto. Es más, creo que las dos cosas están en esta vida necesariamente unidas. Es imposible que felicidad y cruz no se den al mismo tiempo. Por lo tanto, eso también es un testimonio.

O sea, que alguien en su matrimonio y en su familia dé testimonio al mundo de que, en medio de los sufrimientos y de las preocupaciones, la entrega del amor nos hace felices.

Y eso tiene una capacidad evangelizadora tremenda, que te conmueve porque cuando los ves te preguntas de dónde sacan esa alegría que les hace felices. La familia estructurada en el matrimonio da testimonio de que el amor de Dios reina en este mundo en medio de la cruz de la vida, y tiene una capacidad inmensa de testimoniar.

Por lo tanto, mejor casados. Hay muchas razones para el matrimonio. Yo le pido a Dios que renueve nuestro compromiso matrimonial, porque a veces llevamos un tesoro en nuestra vida sobre el cual no reflexionamos. A veces uno tiene que reflexionar sobre el don de Dios que ha recibido.

Otro tiene que reflexionar sobre el don que no está optando por él. Pero, a veces, uno ha optado por él, pero le falta conciencia del don que ha recibido.

Pues le pido a Dios por todos vosotros, por todas vuestras familias, para que se fortalezca el vínculo matrimonial.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.